

Discursos políticos actuales y promesas diferidas

Año
2018

Autora
Martínez, Fabiana

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Martínez, F. (2018). *Discursos políticos actuales y promesas diferidas*. 20vo Congreso REDCOM. Primer congreso latinoamericano de comunicación de la UNVM. Comunicaciones, poderes y tecnologías: de territorios locales a territorios globales. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



XX CONGRESO DE REDCOM
Universidad Nacional de Villa María
Octubre de 2018

Dra. Fabiana Martínez

Universidad Nacional de Villa María. Prof. Titular de Análisis del Discurso y Teorías de la Comunicación I – Lic. en Comunicación Social, I.A.P. de Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Córdoba – Prof. Asociada Cátedras de Semiótica y Semiótica Aplicada de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

fabianam2011@gmail.com

Título

Discursos políticos actuales y promesas diferidas

Nuestro trabajo se propone establecer algunas regularidades de la discursividad de *Cambiamos*, con las dificultades que supone la lectura de un proceso contemporáneo complejo. En términos de Angenot, lo que analizamos es la reorganización topográfica que se da a partir del año 2015 de unos conjuntos discursivos que mantienen entre sí relaciones de antagonismo, y las transformaciones que se dan cuando uno de ellos – antes periférico- migra hacia el centro del discurso social e irradia hacia nuevos géneros y axiomáticas, generando además numerosas estrategias de exclusión¹. En cierta forma, esto incluye el pasaje desde el período kirchnerista a una novedad política; se trata de dos grillas de inteligibilidad de lo real, dos “matrices parafrásticas”, dos conjuntos de invariantes discursivas, capaces de proponer nuevos sentidos sobre el orden del mundo y sus categorías, y de provocar efectos performativos en el campo social y político. Nos referimos al hecho de que lenguajes de la “derecha” (vinculados al mercado libre, el giro punitivo, la antipolítica, la representación negativa del Estado y de lo público, las ideologías conservadoras en varias temáticas, la grilla de la mercancía y la disolución de la noción de derecho, la forclusión de la igualdad, la doxa meritocrática, el racismo de clase, etc.) que antes ocupaban posiciones periféricas llegaron a ocupar una posición de dominancia, es decir, a gozar de efectos de credibilidad y encanto; a imponer nuevos temas y nuevas maneras de tratarlos; a constituir, en síntesis, un nuevo verosímil de

¹ Con “estrategias de exclusión” nos referimos a los procedimientos discursivos por los cuales se inhabilita la enunciación para un determinado locutor e incluso para una formación discursiva dada, como las sanciones morales, jurídicas, mediáticas, la denegación de la verdad, la locura, etc. En este caso, procedimientos de exclusión para la palabra kirchnerista, populista o militante.

época y a ocupar, como señala Lefort, el “centro vacío” de la institucionalidad democrática (nos referimos a *Cambiamos*, fuerza política que alcanzó a ganar a la vez en el orden municipal, provincial y nacional). Esto implicó el corrimiento de los límites de lo decible y la furiosa reaparición de componentes antes impronunciados, en relación a diversos asuntos sociales: *no fueron 30000 desaparecidos, es venganza y no es justicia, 2x1, son pobres porque quieren, la grasa militante*, etc, etc. Esta reconfiguración implica constantes tensiones y disputas, y esto puede verse en las polémicas y acontecimientos políticos que generaron cada uno de estos enunciados.

El discurso de *Cambiamos* constituye así un nuevo horizonte de sentidos. Aparece como una formación discursiva que instituye el archivo para una nueva época, como una grilla de inteligibilidad que se presenta como un campo de distinciones en el que surgen nuevos objetos, posiciones de sujetos y funciones de la enunciación. Es también, en términos de Foucault (1980), un “orden del discurso” que regula la pesada y aleatoria materialidad de los discursos y que es capaz de establecer mecanismos de exclusión y de regulación, reordenando la anterior topografía que hacía posible la institución de ciertos “sujetos políticos” capaces de hacer audible su palabra². Este nuevo orden no tiene un contenido a priori ni reverbera una esencialidad neoliberal adormecida, sino que resulta de una lucha, en la cual el kirchnerismo ocupa el lugar de un exterior constitutivo. No es de extrañar, entonces, que postule un modo de estructurar la actividad política a partir de significantes diferentes a los que tuvieron dominancia en la hegemonía previa, dejando de lado el significante *inclusión*, para proponer un ordenamiento radicalmente diferente de la (no)política y del Estado. Una idea que tomamos como punto de partida es que al instituir como cabal adversario a todo populismo, desplegando una vasta semantización de todas las formas de este adversario (que van desde el *kirchnerismo* hasta *Venezuela, la Venezuela de Chávez*), se definen los límites nítidos de su propia identidad política.

² Esta cuestión es central. En una gestión adecuada a los intereses del capitalismo global y financiero, y que no hace más que ratificar la cuenta de lo dado, como ha señalado Rancière se expulsa “a la mayoría de los seres parlantes a la noche del silencio o el ruido animal de las voces que expresan agrado o sufrimiento... La distribución simbólica de los cuerpos que los divide en dos categorías: aquellos a quienes se ve y aquellos a quienes no se ve, aquellos de quienes hay un logos...y aquellos de quienes no hay un logos; quienes hablan verdaderamente y aquellos cuya voz, para expresar placer y pena, sólo imitan la voz articulada” (1996, 36). Voces inaudibles: la voz de Milagro Salas, de la familia de Santiago Maldonado, de gremios, de docentes que reclaman salario, de jubilados, de desempleados, de discapacitados que reclaman sus pensiones, etc., etc.

Así, nos situamos en una perspectiva sociosemiótica constructivista (Verón, 1980) y una teoría narrativa de las identidades (Laclau, 1987; Hall y du Gay, 1996), descartando toda noción de fundamento que pudiera proveer de un macizo y homogéneo fondo a los procesos de producción de sentido, y afirmamos a la vez un denso conjunto de regularidades que dotan a esta formación discursiva de estabilidad y coherencia, al modo del concepto que planteó Pêcheux en su teoría marxista y semántica del lenguaje. Esta noción fue criticada al referir a una “problemática de bloques”, estableciendo formaciones discursivas homogéneas y centradas en sí misma. Pero en este momento del estado del discurso social, no nos resulta pertinente referir a heterogeneidades y migraciones, sino más bien a la constitución de dos formaciones nítidamente enfrentadas que no están encerradas en su mismidad; es decir, su regularidad no quita que, en esta misma oposición relacional, ellas definan su identidad. Por el momento, dejamos entonces de lado toda noción de discontinuidad, dispersión, escanción como enfatiza una perspectiva foucaultiana, y renunciamos a la identificación de aporías ideológicas, al modo de Angenot. Esto, no para remitir a una esencia o ideología política como “operador de síntesis” (Foucault, 1969), sino para afirmar la continuidad de ciertas operaciones discursivas que dan un alto grado de cohesión al discurso de *Cambiamos* y a los nuevos mecanismos imaginarios reguladores de la acción política que plantea, con una cierta estabilidad también de la dimensión simbólica de esta identidad política emergente. Así, afirmamos la existencia de una matriz parafrástica discursiva que da distinción y entidad a esta identidad sin referirla a una estructura subyacente o a una esencialidad política, sino como una reiteración insistente que en la repetición alcanza su performatividad. Esta matriz corresponde al discurso del PRO previo a la coalición, mientras que casi no dejan huellas los discursos radicales y de la Coalición Cívica (lo que evidencia una cierta hegemonización al interior de la coalición). En el marco de una investigación que venimos desarrollando hace varios años sobre la discursividad de *Cambiamos* a partir de herramientas sociosemióticas y de autores vinculados a la categoría de “discurso” devenida y en polémica con la lingüística, e incorporando aportes del Análisis político del discurso, trataremos en este trabajo específicamente los siguientes componentes: la condición de la promesa, es decir, el componente programático, y su vinculación con el significante nodal *cambio*, desde el año 2015 hasta la actualidad, y la configuración de las estrategias discursivas capaces de dar sentido a una postergación indefinida de esta promesa vinculada a un proyecto político de precarización generalizada (Lorey, 2016). Para esto, necesitamos

también referir a la configuración de la dimensión polémica de este discurso, y en particular a la institución del kirchnerismo como el principal adversario, que explica incluso los límites de la propia identidad.

Si toda identidad emergente propone un punto nodal que hace posible la articulación de sus partes y la legibilidad de sus procesos, más allá de toda lógica de mediación (Laclau, 1987), éste fue en este caso el significante vacío *cambio*, que tuvo un lugar central en la campaña del 2015 (constituyéndose incluso como nominación de la nueva fuerza política). Contrariamente a lo que se podría sostener en un primer análisis que observara que no remite a ningún componente programático económico, social o institucional (más allá de las tres consignas con las que cerró su campaña: *pobreza cero, lucha contra el narcotráfico, unión de los argentinos*), este significante adquirió una posición de universalidad en la que pudieron inscribirse múltiples demandas antes excluidas, y casi todas vinculadas a los lenguajes disponibles desde las retóricas antipolíticas en la particular forma en que se iniciaron desde la crisis del 2001. En cierta forma, este significante implicaba democracia sin política (quizás se podría especificar: en su forma populista), fórmula que a su vez se ha constituido como uno de los núcleos de la tradición política neoliberal. Más precisamente, *cambio* implicaba lo que se había demandado en el 2001 (*que se vayan todos*), en las marchas de Blumberg en el 2004 (un giro punitivo frente al aumento del delito), en el conflicto del 2008 (menos retenciones y más privilegios para sectores económicos dominantes, y en particular para el designado *campo argentino*), y allí podían inscribirse incluso todas las pancartas callejeras que se vieron en las llamadas concentraciones “autoconvocadas” antikirchneristas que llegaron a movilizar a un millón de personas (8 de noviembre de 2012, 18 de abril y 18 de septiembre de 2013, 7 de abril de 2014). En una de ellas, podemos ver anunciado sintéticamente el más intenso de los deseos: *2015 sin Cristina*. Y si observamos un poco más, en estas marchas se plantearon diferentes reclamos a los que el significante *cambio* daría más tarde un lugar prominente³: contra la corrupción,

³ En definitiva, tal como afirma Verón, la semiosis es ternaria, histórica y temporal; las relaciones interdiscursivas van constituyéndose en el tiempo. Así, el discurso de *Cambiamos* constituye en el 2015 una gramática de reconocimiento, una particular lectura de aquellos enunciados callejeros que se multiplicaron en las reuniones episódicas, y en los que se materializaba un cierto rumor social. Respecto a ellos, mantiene una continuidad de la creencia; a su vez, ellos constituyen una de las condiciones discursivas de producción. Por esta razón, es también necesario abandonar toda noción lineal que suponga manipulación de parte de los medios de la “opinión pública”, medios quizás capaces de engañar a las masas favoreciendo a cierto candidato, pues los medios no tienen un discurso externo a la sociedad, las gramáticas de producción y reconocimiento presentan relaciones complejas y circulan con

contra la ley de medios, contra la re-re de Cristina, contra el “cepo”, contra el impuesto a las ganancias, contra los planes sociales a los vagos, contra la grieta; y por la democratización de la justicia, por la República, por la prensa libre, por la unión de los argentinos. Uno de los tópicos más fuertes en estas pancartas caseras, que constituyen un rumor social difuso y todavía no articulado, pero cada vez más pregnante, es el que acusa al kirchnerismo, y en particular a Cristina, de corrupción. Múltiples fórmulas circulan configurando al adversario de la democracia, del futuro, de la plenitud: *Fin a la mafia k*, *La corrupción mata*, *Cristina miente y roba*, *Basta de corrupción*, *Viva la República y cárcel a los corruptos*, *Devuelvan la plata que robaron*, *Contra la impunidad de ayer y de hoy*, *Licencia para robar*, *Juicio y castigo a los corruptos*. Los cánticos también definen el deseo denegatorio y persecutorio que el significante *cambio* supo encarnar: *El que no salta es un ladrón*; *Cristina decíme qué se siente, al pueblo no podes controlar, te juro que aunque pasen los años, en cana te vamos a mandar*⁴. Así, lo que en definitiva prometía el significante *cambio*, la plenitud siempre ausente que este parecía encarnar, era en definitiva, el fin del kirchnerismo (es decir, el fin de la política en su modalidad populista...) y de todo su programa de gobierno en los últimos doce años. Como ha señalado Mercedes Barros “la apuesta por la deskirchnerización adquiere una función nodal en el discurso oficial, por medio del cual se articulan varias de las demandas desatendidas y descontentos heredados de los años anteriores” (2017: 48). En este sentido, este significante fue interpelativo y capaz de performar un proceso: recuperando lenguajes disponibles pero antes dispersos, y garantizando el fin de un proceso que había generado distintas demandas insatisfechas y herido en sus intereses a diferentes sectores, sociales y corporativos. Y por otro lado, efectivamente, el significante *cambio* no especificó programas institucionales o económicos. ¿Cómo es entonces que fue capaz de interpelar? Creemos que la clave está en esta misma condición que estamos analizando: más que unas promesas específicas, se trataba de presentar el fin de una época, y el augurio de un nuevo tiempo sin política, sin crispaciones, sin Cristina, sin ideología, sin fanatismos, sin fundamentalismos, sin cadena nacional, etc. Este quizás podría ser un punto aporético de esta formación discursiva: la promesa de una política sin populismos, pero a la vez el mantenimiento de todo aquello que todavía era percibido positivamente y que los límites del discurso

múltiples desfasajes atravesando todo el tejido social. Es decir, no hay un discurso político que se generaría en un centro de poder ajena a la sociedad, “bajando” luego hacia ella...

⁴ Demandas que además materializan un intenso odio social, en el 8-N (2012), por ejemplo: *Yegua soberbia*, *yegua arrogante*, *preparáte yegua* (dibujo de un helicóptero).

social todavía imponían reconocer. A lo largo de la campaña, una restricción particular operó en el campo de la economía, donde los términos propios del neoliberalismo de los 90 estaban excluidos: se negaban explícitamente las privatizaciones y el ajuste, se afirmaba la defensa de la universidad pública y la AUH, se aseguraban las condiciones para una movilización social ascendente generadas en la década previa, la derogación del impuesto a las ganancias, la devolución del 82%, etc⁵. Como veremos más adelante, nuestra hipótesis es que esta condición de legitimidad de su promesa, la verosimilitud que había adquirido, comenzó a colapsar cuando el gobierno comenzó a negociar con el FMI, un actor internacional todavía vigente en la memoria como una de las causas de la crisis del 2001, acontecimientos después del cual comenzó a acelerarse la *debacle económica*.

Por otro lado, la dimensión programática se organizó en torno a otros dos componentes centrales en la campaña del 2015. El primero, un elemento más narrativo que argumentativo, que exhibía en spots audiovisuales los más variados deseos de distintos sujetos en sus espacios domésticos (jubiladas, profesionales, jóvenes, madres, etc.) denegando la demanda ciudadana para poner en su lugar el vínculo individualizante del poder pastoral: la atención individual a cada integrante del rebaño (Foucault, 1996), el gobierno del *uno* que a su vez implementará la lógica de la equivalencia y la imposibilidad de constitución de un *pueblo*. Este significante (cambio) alcanzó a estar *tan vacío* que fue capaz de albergar los ilimitados enunciados de deseos de sujetos individuales confesados, en cierta forma, al pastor en particular. El segundo componente fue lo que podríamos llamar el tono pathémico que marcó un nuevo estado del discurso social y de la propia identidad política: *cambiemos* implica un ethos distendido (y no *krispado*...) que aparece como la cara visible de una relajación ideológica, de una ausencia de apego a toda doctrina, fundamentalismo o receta anacrónica; se trata ahora de *tener esperanzas, alegría, felicidad, entusiasmo, de volver a creer, de sentir que es posible*. Las operaciones de sentido que invisten los cuerpos significantes de los funcionarios (Macri, Vidal, Rodríguez Larreta, andando en bicicleta,

⁵ Los tópicos constitutivos del “mercado libre” (Barros, 2002) propios de toda formación discursiva neoliberal quedaron mitigados en esta campaña, para aparecer violentamente a fines del año 2016. Sin embargo, cabe aclarar que hubo una especie de división topográfica del trabajo discursivo pre-electoral: mientras Macri prometía *unión, felicidad, pobreza cero*, eran las fundaciones (como la fundación Pensar), los técnicos (como el propio Francisco Cabrera) y los economistas afines los que anunciaban programas económicos de orientación ortodoxa y contrarios a las políticas mantenidas en la última década.

vacacionando, en escenas familiares, timbreando, bailando en Nueva York en medio de la crisis económica y la renuncia de Caputo...) invadió la “retórica de las pasiones” (Verón, 2004) de una incontable cantidad de fotografías y piezas audiovisuales que se difundieron desde el propio gobierno en sus redes, y en gráfica y en televisión de numerosos medios hegemónicos. Se mostraban así nuevos políticos lúdicos, relajados, ajenos en cierta forma a los protocolos y rituales clásicos. La política se hace consensual y vivencial, aparece como un universo de afectos, contactos, cercanías, simetrías con el *hombre común*; se trata de un pathos marcado también por la proliferación de historias comunes y cotidianas recomendadas por los asesores en marketing. Este ludismo es también un mensaje político, que desdeña y resignifica a la vez ciertas instancias institucionales (el perro Balcarce en el sillón “de Rivadavia”, Macri comiendo *flan* luego de la anécdota de Casero), y que en casi todos los casos, forcluye la crispación de la demanda mientras provoca un daño social cada vez más intenso. En lo discursivo, un apego afectivo, una cierta economía libidinal en la que se intercambian, desde una igualdad de condiciones y en un clima de perfecta cortesía, *estados de felicidad* y no derechos, *entusiasmos* y no argumentaciones, ligeras alegrías perfectamente desentendidas de todo estado de desigualdad social o daño colectivo, es decir, ajenas a todo litigio y siempre organizadas en torno al por-venir.

En síntesis, esta promesa funcionó eficazmente, justamente por y no a pesar de, su vaciamiento. Analicemos ahora su devenir promesa en la discursividad de *Cambiamos*, y su particular vínculo con la institución de un *futuro promisorio*, cuando cierto daño social derivado de las medidas económicas comenzó a aflorar, poniendo en cuestión la llegada de los “dones positivos” anunciados. Ante el fracaso económico, que empezó a evidenciarse en los indicadores del año de gestión, el gobierno respondió con dos estrategias, que configuran dos componentes diagnósticos. El primero, que encuentra todavía verosimilitud en vastos sectores sociales, es la atribución de culpa al kirchnerismo. La segunda, ya hoy caduca e impronunciable, fue en los dos primeros años la postergación de la performatividad de la promesa, y el anuncio de que los efectos de las medidas estarían llegando en tiempos próximos. En conjunto, un “cinismo cruel” comienza a resonar en casi todas las declaraciones de funcionarios, mientras múltiples demandas comienzan a articularse paulatinamente. Respecto al primer componente, se encuentra el despliegue de la metáfora de la “pesada herencia” y otras asociadas (*la década perdida, a la fiesta hay que pagarla*). La atribución de la causa de

todos los males presentes al gobierno anterior tiene una presencia regular y persistente en el discurso de los principales dirigentes, retomando los lenguajes disponibles referidos a la “corrupción k”. Lo que podríamos considerar como una metáfora aparecida en el discurso mediático (*se robaron un PBI*), aparece como una denuncia literal en el discurso de una ciudadana autoconvocada para pedir el desafuero de Cristina Fernández: “se robaron dos PBI, que los devuelvan” (septiembre 2018). Por otro lado, han sido centrales las convergencias que van marcando una interacción generalizada y hegemonizante de ideologemas en otros discursos sociales; el mediático, en primer lugar, y el jurídico, en el último año, con la implementación de causas jurídicas que vienen a corroborar este “rumor social” que vimos en las pancartas callejeras del año 2013. Desde los medios, una intensa agenda establece al kirchnerismo como equivalente a corrupción, ampliando cada vez más el número de denuncias, detenidos, arrepentidos, expedientes, y acciones espectaculares de búsqueda del botín (excavaciones, largos allanamientos, anuncios de desafuero, etc.). Esta configuración del enemigo es central para la continuidad de la legitimidad: el gobierno sí parece estar empeñado en el cumplimiento de esta promesa, vinculada a la demanda de república y de *Cristina presa*.

La segunda estrategia se vincula con lo que Verón llamó *el peso de los fantasmas del futuro*, con todo aquello que es capaz de agitar la promesa (1987). Esta promesa ha sido perpetuamente diferida: en lo cronológico, se verán los resultados el próximo cuatrimestre o el próximo año, quizás en el segundo cuatrimestre del 2019; pero también diferimento a través de diferentes metáforas: ya vendría *la lluvia de inversiones, los brotes verdes de la economía, la luz al final del túnel*. El período cronológico avanza y el gobierno ya pronto terminará su mandato, lo que es objetivo, pero sin embargo este mecanismo imaginario de estructuración significativa de acción social persiste alucinadamente, junto al deseo también de un *mundo sin Cristina*. Como hemos aprendido con Peirce y Laclau, esto demuestra cómo un enunciado puede ser performativo sin ninguna vinculación con un correlato objetivo, y mientras sea tomado como verdadero por la comunidad, en definitiva lo será en sus efectos, es decir, en su eficacia simbólica para estructurar la inteligibilidad de lo social, habilitando así la continuidad de *Cambiamos*.

Retomemos el problema de la configuración del adversario, cuestión en la que *Cambiamos* se ha concentrado particularmente, con un profuso trabajo simbólico, que ha atravesado numerosos géneros (políticos, mediáticos, etc.). En este punto se ha

orientado a configurar al populismo como un *hecho imposible*, quizás, como dijera Landi en algún momento, el populismo aparece como *el pasado imposible*, aquello que no puede retornar jamás. En una estrategia desconcertante que se orienta a además hacer admisibles las precarizaciones del presente, los discursos afirman que no fue posible que no se pagara la energía (cuando ahora tenemos el precio *real*), que se creyera en el consumo (cuando ahora sabemos que es lo que *realmente* podemos o no comprar), que se viviera la ficción de otro precio del dólar (ahora estamos frente a un precio *real*). *Cambiamos* se presenta como un programa correctivo, un retorno al orden natural (en conjunto: el orden natural prescripto por el mercado), quizás el significante *orden* asume en estos casos una función nodal. Encontramos aquí un punto aporético, quizás, pues se trata de una formación discursiva que forcluye el litigio político (en la medida en que éste pertenece al populismo, es decir, al orden del error y del pasado) para sustituirlo por el consenso, el (aparente) diálogo, etc., y sin embargo, presenta una intensa y constante dimensión adversativa. En este sentido, pese a que se imagina una democracia sin política, con una administración puramente equivalencial de lo uno que impide la articulación de la demanda y del sujeto colectivo, es en su discursividad profundamente polémico. Pues insistentemente refuta al populismo, lo construye como pura corrupción y externo a los intereses de la nación y la república, como mera militancia demagógica y clientelar, como un conjunto de prácticas *anacrónicas* ya carentes de sentido. En este movimiento, el “ethos militante”, que tuvo una enorme pregnancia desde la presidencia de Néstor Kirchner, es sustituido por el “ethos empresarial”, y por la proliferación de “modelos de llegada” externos a la política misma. *Cambiamos* agita en este caso los *fantasmas del pasado*, configurando permanentemente al kirchnerismo como su reverso inaceptable, como figura imposible en ningún juego democrático, multiplicando las sanciones mediáticas, jurídicas, morales. En este sentido, se trata de un discurso que en efecto provoca un *vaciamiento del campo político*, pero no, como dirían Verón y Sigal (1987) respecto al “discurso peronista” porque equipare a los colectivos o a las entidades imaginarias, sino porque establece un enemigo general (todas las identidades políticas clásicas) y otro particular (el kirchnerismo, como imposibilidad radical), quedando ideológicamente como la única identidad apta para gobernar (por no ser ideológica, ni de “izquierda” ni de “derecha”).

Basada en esta configuración, *Cambiamos* desplegó una gestión en la que generó las condiciones para una formidable transferencia de recursos a los sectores económicos

y financieros concentrados, afectando en lo económico e institucional a amplios sectores sociales e institucionales. Frente a una crisis económica cada vez más grave, el propio Presidente anuncia el 8 de mayo de 2018 en un breve mensaje televisivo que pedirá financiamiento externo al FMI:

“Mi convicción es que estamos recorriendo el único camino posible para salir del estancamiento buscando siempre evitar una gran crisis económica, que nos haría retroceder y dañaría a todos. Para esto implementamos una política económica gradualista que busca equilibrar el desastre que nos dejaron en nuestras cuentas públicas cuidando a los sectores vulnerables y al mismo tiempo creciendo, generando así más empleo y desarrollo, esta política depende mucho del financiamiento externo. Durante los dos primeros años hemos contado con un contexto mundial muy favorable, pero eso hoy está cambiando, las condiciones mundiales están cada día más complejas y por varios factores: están subiendo las tasas de interés, está subiendo el petróleo, se han devaluado las monedas de países emergentes, entre otras variables que nosotros no manejamos. El problema que tenemos es que somos de los países del mundo que más dependemos del financiamiento externo, producto del enorme gasto público que heredamos y que estamos ordenando. Frente a esta nueva situación y de manera preventiva he decidido iniciar conversaciones con el Fondo Monetario Internacional para que nos otorgue una línea de apoyo financiero. Hace minutos hablé con Christine Lagarde, su directora, y nos confirmó que vamos a arrancar hoy mismo a trabajar en un acuerdo. Esto nos va a permitir fortalecer este programa de crecimiento y desarrollo dándonos un mayor respaldo para enfrentar este nuevo escenario global y evitar crisis como las que hemos tenido en nuestra historia. Esta decisión la tomé pensando en el mejor interés de todos los argentinos, no mintiéndoles como tantas veces nos han hecho. Les digo a todos los argentinos – y en especial a toda la dirigencia – que cumpliendo con los compromisos y alejándonos de la demagogia y la mentira estoy convencido que el camino que tomamos va a lograr un mejor futuro para todos” (Mensaje presidencial, 8/05/18)

Como puede verse, en este fragmento se presentan varias de las estrategias que venimos considerando: el diagnóstico de la *pesada herencia*, la configuración del adversario (*el desastre que nos dejaron en nuestras cuentas públicas, no mintiéndoles como tantas veces nos han hecho, alejándonos de la demagogia y la mentira*), una nueva postergación de la promesa (*frente a esta nueva situación, lograr un mejor futuro para todos*). Sin embargo, se evidencian dos componentes prescriptivos que fueron centrales en la discursividad neoliberal de los 90: la disolución de las alternativas económicas (hay un único camino, y es el del mercado global: *estamos recorriendo el único camino posible para salir del estancamiento*) y la financiación externa, en forma de endeudamiento, como inevitable. Esta configuración completa, que inmediatamente desembocará en toda una doxa del *ajuste*, que hasta este año no se había hecho visible, cristaliza de modo denso en el significante *FMI*. Nuestra hipótesis es que este significante erosionará gravemente la posibilidad del sostenimiento de la promesa (hasta ahora siempre diferida), y generará condiciones para la categorización de esta gestión

como *neoliberal*, con la consecuente activación de todo tipo de tópicos asociados a la memoria de la *crisis del 2001*. La promesa ha fracasado ya radicalmente, y en cierta forma esto es una constante en las economías financieras. Como ha señalado Appadurai (2017) el lenguaje ocupa un nuevo y particular papel en las fallas del mercado: el fracaso del mercado de derivados, que son la principal innovación técnica de las finanzas contemporáneas, se debe fundamentalmente a las promesas incumplidas, “un tipo de fracaso que no fue ocasional ni ad hoc pero que se volvió sistemático y contagioso, y así llevó a todo el mercado financiero al borde del desastre” (2017: 14). Si la promesa, si el acto performativo principal falla radicalmente, necesitamos indagar en cómo es que perduran estas identidades políticas y qué tipo de apego (análogo al del “cinsmo cruel”) logran generar en los mismos sectores sociales a los que perjudican gravemente.-

Bibliografía

- ANGENOT, M. (1989). *Un état du discours social*. Montréal.
- ANGENOT, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Payot: París.
- APPADURAI, Arjun (2017) *Hacer negocios con palabras. El fracaso del lenguaje como clave para entender el capitalismo financiero*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- BARBETTA, Pablo y BIDASECA, Karina (2004). “Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001”. Revista *Argentina de Sociología*, vol. 2, Núm. 2, mayo-junio, Buenos Aires.
- BARROS, Sebastián (2002). *Orden, democracia, estabilidad*. Alción: Córdoba.
- BARROS, Mercedes (2017). “Cambiamos pasado por futuro: los derechos humanos bajo el gobierno de Mauricio Macri”. En: BONETTO, M.S. y PIÑERO, M.T. *Tensiones en la democracia argentina: continuidades y rupturas*. CEA-UNC: Córdoba.
- FOUCAULT, M. (1970). *La arqueología del saber*. Siglo XXI: Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1996). *¿Qué es la ilustración?*. La piqueta: Buenos Aires.
- HALL, S. y DU GAY, P. (1996) *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu: Barcelona.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una democracia radicalizada*. Siglo XXI: Madrid.
- LANDI, Oscar (1985). *El discurso sobre lo posible: la democracia y el realismo político*. CEDES: Buenos Aires.
- LEFORT, C. (1990). *La invención democrática*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- LOREY, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Traficante de sueños: España.

- MARTINEZ, Fabiana (2016). “Nuevos sujetos neoliberales. Configuraciones sobre el mérito en los discursos del PRO”. Revista *Oficios Terrestres*, Universidad Nacional de La Plata, N° 35. La Plata.
- MARTINEZ, Fabiana (2018) “Aires de familia: gramáticas neoliberales en los discursos del Pro”. En: BONETTO, M.S. y PIÑERO, M.T. *Tensiones en la democracia argentina: continuidades y rupturas*. CEA-UNC. Córdoba.
- RANCIERE, J. (1992) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- VERON, E. (1980). *La semiosis social*. Gedisa: Barcelona.
- VERON, E. y SIGAL, S. (1987) *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Hachette: Buenos Aires.
- VERON, E. (1987). *El discurso político*. Hachette: Buenos Aires.
- VERON, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Gedisa: Barcelona.